

dice que nos parecemos al padre que exhortaba á su hijo diciéndole: «¡Por Dios, no te bañes hasta que no sepas nadar!», dando á entender que para practicar la verdadera libertad se necesita correr riesgos y pasar dificultades de todo género.

Sin embargo, le contesto á nuestro administrador de Correos, hay algo que no es ni ahogarse ni huir del agua, y es introducirse poco á poco á la corriente, mojarse primero las manos y la cabeza, persignarse, hacer tentativas de nado con vejigas ó *guajes*, y cuando ya se está listo, lanzarse á los torrentes.

Guillermo califica de tonterías las cosas que yo digo, pues los discípulos de la Academia de Natación, nunca llegan á mantenerse á flote ni en el canal de la Viga, y los que verdaderamente logran ser habilísimos nadadores, son los muchachos que, impulsados por otros, se lanzan á la corriente, y tragando agua y luchando contra la pesantez, logran dominar el líquido elemento.

Pero dejando por hoy metáforas acuáticas, me limito á despedirme muy cariñosamente de usted, á desearle salud y dicha en el cumplimiento de su misión, subscribiéndome su amigo que mucho le quiere y respeta

M. PAYNO.



## CAPÍTULO XXVII

### Pesadillas

**A**l fin el bendito señor Payno me dió suelta el día catorce de Diciembre, después de tenerme encerrado dos semanas á piedra y lodo y haciéndome escribir cartas hasta á las potencias celestiales.

Comía, dormía y sobre todo trabajaba en aquel caserón lleno de primores, que es un museo desde la entrada hasta la salida. Allí se encuentran reunidas la máscara de Huitzilopochtli, los escarpines de Hernán Cortés, cabellos de Juana de Arco, relojes de Acamapichtli, armaduras de Zumárraga, libros impresos en que leía Numa Pompilio, datos estadísticos de la Tierra del Fuego, tabaqueras de Carlo Magno y *basquiñés* de doña Marina; y colocado todo con tal arte, con tanto orden y con un método tan perfecto, que jamás los collares de conchas tocan á los haces de



flechas, ni los morriones á los *huipilles*, ni las vasijas á las joyas.

A las seis de la mañana ya estaba don Manuel limpio y reluciente, con la barba peinada y los anteojos en su sitio. Porque, eso sí, si hay hombres atildados, uno es Payno, que en eso no se parece á Guillermo Prieto que tiene aspecto de filósofo alejandrino.

— ¿Cómo va, capitancito? ¿Se descansó?... Vaya, lo celebro... Estoy mejor, gracias... Ahora tenemos que escribir á Sabino Flores, á Parrodi, á Siliceo, á don Santos Degollado, á Vidaurri, á Huerta... Tenemos que poner recados á Mata, á Pesado, al Arzobispo, á Ruiz... Mientras me desayuno, pues usted ya se despachó, le escribe una cartita á don Benito Juárez, diciéndole que ya obsequio su recomendación... Le trato de *Muy estimado colega y querido amigo*... Otra á don Eligio Sierra, suplicándole pase á verme al Ministerio á las cuatro... El tratamiento es: *Muy señor mío y amigo que aprecio*... Otra á don Eustaquio Barron, recordándole su oferta... Puede usted llamarle: *Mi querido don Eustaquio*... Otra... Pero no; mejor es que no le encargue muchas cosas, porque vuelvo pronto.

Y volvía, en efecto, para dictarme cartas y más cartas. Con razón ayer que estuvo en casa Florencio Castillo, llamó á don Manuel *Monsieur de Sevigné*. ¡Vaya, que cuando se publique la correspondencia de este hombre, las de

Voltaire y Santa Teresa han de parecer junto á ella juegos de niños!

Las cartas versaban siempre sobre política: plan por aquí, bienes eclesiásticos por allá, regimientos, batallones y escuadrones por esotra parte, cifras, claves y criptogramas á porrillo, y un movimiento y una nerviosidad que acaban por marear.

Un día llegó mi hombre con aspecto preocupado é intranquilo.

— La Llana, me dijo, ahora no haremos nada porque tengo un trabajo pendiente. Puede irse á dar una vuelta... y no nos veremos hasta que yo le mande llamar.

Creí que había oído mal; pero cuando me repitió la orden, me pareció que unos figurones pintados en papel de maguey, una careta de daimio japonés y unas figurillas de Tanagra se habían puesto á aplaudir y á hacer muecas de satisfacción.

— Usted, continuó el ministro, no sé cómo andará de pagas; pero á reserva de que eso se averigüe, tengo gusto en obsequiarle estas diez onzas.

Y las puso, relucientes y seductoras, sobre la mesa de trabajo.

Entonces bailaron la zarabanda, no sólo las caricaturas humanas, sino las pieles de serpiente, los cueros de cibolo, las teteras chinas y las garzas disecadas que, puestas en un pie, aunque no estólicas, como Carpio



quería, miraban todo desde lo alto de los anaqueles.

Largo rato tuve que aguardar *guayín* que me llevara á México; pero al fin llegué. Soplaban un vientecillo frío y



sutil que afeitaba el rostro como navaja inglesa; la luna se había ocultado; estaban desiertos los portales, solitarias las Cadenas, abandonados los cafés; los raros transeuntes que se arriesgaban á desafiar las pulmonías, desfilaban más que de prisa envueltos en sus *raglands*, embozados

hasta los ojos y tiritando como si estuvieran en la cima del Popocatepetl.

Pasó un vendedor de periódicos y le llamé.

*Monitor, Siglo, Heraldo, Diario de Avisos...* ¿Qué había de nuevo? Distraído, empiezo por la cuarta plana: las eternas medicinas de Holloway, con sus valetudinarios y achacosos, portando muletas y piernas de palo, y saliendo por el otro lado jóvenes y rozagantes. ¡Qué ganas de una medicina así para el país!...

*Remedio para hacer salir el pelo... Tesoro de la boca... El amor del niño cristiano... El corazón devoto... Rifa del Petit Versailles... Prendas empeñadas... Barata en el Cajón del Lucero... La hija de la dama de las camelias... Camelina, baile arreglado para piano-forte y guitarra...*

Nada de eso me importa; doy vuelta á la hoja y leo:

*La sesión de ayer...* «La sesión secreta celebrada el día de ayer en la Cámara de diputados, es de una gravedad é importancia tales, que no podemos menos de decir algo de lo que se ha transpirado, pues parece que lo que se trató no fué de riguroso secreto.

»Se dice que el señor Sierra, diputado por el Estado de San Luis Potosí, presentó una carta dirigida al señor gobernador de ese Estado por el señor general Zuloaga, y en la cual había una postdata del señor don Manuel Payno, toda de su letra y con su firma.



»Este documento se presentaba para justificar la verdad de los rumores que han corrido.

»Se dice en la carta que «estando resuelto á renunciar el señor Comonfort, corría el país el gravísimo riesgo de que se estableciera la dictadura de Santa Anna. Que ante tal peligro era preferible la dictadura del señor Comonfort, y que por lo mismo era necesario que el señor Gobernador se pronunciara contra la Constitución y se disolviese el Congreso.»

»La postdata confirmaba lo escrito y recomendaba la ejecución del plan.

»Este plan parece que era prolongar la dictadura y convocar un nuevo Congreso, al cual tendrían entrada todas las clases, y que haría una nueva Constitución.

»Esta carta evidentemente está escrita antes de que el señor Comonfort jurase como Presidente constitucional.

»La Cámara de diputados, en vista del documento presentado, acordó, según tenemos entendido, pase el expediente al Ministerio de Guerra para las medidas de su resorte; y en cuanto al señor Payno, que se presentara á contestar con la Comisión del gran Jurado.

»He aquí los hechos tal cual se nos han referido. Conociendo su importancia, si hubiese algún error en la versión que damos, nos apresuraremos á rectificarlo.

»La acusación es muy grave. Por esto mismo creemos necesario obrar con suma prudencia y calma para in-

quirir la verdad. En circunstancias como la presente, la pasión y el calor son muy malos consejeros.»

Sentí que se me aflojaban las hopandas al leer una revelación tan inesperada, pues, según parece, yo solo ignoraba en México una cosa que conocían hasta los difuntos. ¡Y para eso me habían tenido encerrado dos semanas seguidas á pan y trufas!

Después del párrafo que había leído, se hallaba otro en que se hacían consideraciones sobre los sucesos y sobre la participación de Comonfort en ellos.

«¿Qué ventajas podía proporcionar el proyecto aun en el caso, muy remoto, de que llegara á realizarse enteramente? ¿Qué aventajaba? Nada, absolutamente nada, porque el plan proyectado es absurdo é inútil. ¿Qué perdía? Todo, todo. Su prestigio, su lustre, su honra, su posición.

»El señor Comonfort no es un hombre vulgar, no es un hombre que se alucina: su mérito principal consiste en la exactitud, en la frialdad de sus cálculos. Es, pues, materialmente imposible que pudiera tener parte ni conocimiento en las maquinaciones contra el orden.»

¡Que no tenía conocimiento! ¡Sí que sabía todo de pe á pa; pero las mismas sirenas que habían cantado á su oído el coro del golpe de Estado, eran las que se escandalizaban y hacían aspavientos ahora que veían la combinación próxima á fracasar! ¡Miseria humana!



Y estrujando entre las manos el papel, me metí al teatro, que al fin es privilegio de la música aplacar el ánimo y traerle á los afectos dulces y reposados.

Cantaban *Safo* de Pacini, música dulzarrona, suprarromántica, que producía en el oído la impresión que producen en el entendimiento el *Rafael* y la *Graziella*.

Los violines y las violas tenían todo el papel en la orquesta, y apenas el clarinete, *la mujer querida*, llevaba la voz de la enorme desesperación de la amante desdenada.

Adelaida Cortessi cantaba con infinita dulzura, sentía bien, decía mejor y accionaba con desembarazo. Era una real moza y una gran artista.

Elisa Tamassi cantó con amabilidad, pero sin colorido. Steffani estaba ronco, casi áfono; la altura le había puesto en esta situación, y él estaba triste como gallo desplumado. Ottaviani, admirablemente.

El vestuario había sido hecho para la representación; pero no era muy griego. Grecas sí había por todas partes; así es que el color local no faltaba.

¡Cómo me recordaban aquellas damas, aquellos caballeros, aquella música y hasta aquel ambiente caldeado y agradable, que besaba el rostro como la caricia de una hermosa, á la que debía ser reina allí y en todas partes, á Anarda, mi amiga inmortal!

Pero la pobre estaba recluída en su casa, vestida con



Entonces soñé que Safo trataba de dar el golpe de Estado...



hábito de San Francisco, dedicada á rezos y prácticas piadosas. Cuatro veces hice impulso de llegar hasta ella y otras tantas se me dijo que la señora no recibía visitas ni las hacía: sólo hablaban con ella su confesor, un anciano muy discreto, y los enfermos de los hospitales, entre quienes había repartido casi todo cuanto le quedaba. ¡Pobre Anarda!

Subió el telón y ocupé mi butaca; pero no tardé en quedarme dormido: quince días de acostarme tarde y trabajando á todas horas, tenían que postrarme al fin.

Entonces soñé que Safo trataba de dar el golpe de Estado; que Comonfort, no pudiendo resistir las sugerencias de los viejos seductores, daba de mano á Safo y se desposaba con la dictadura; que ella le pagaba mal y le impulsaba á arrojarse desde el Léucade de la democracia al mar del clericalismo. ¡Qué sueño tan enrevesado! ¡No lo entendería ni el que inventó la interpretación de sueños!

Al fin la función concluyó, y yo me marché á mi alojamiento á dormir de un tirón, sin dárseme un ardite del gobierno, del mundo y sus monarquías.

